

Llama de Amor Viva
San Juan de la Cruz¹

Es Dios quien mora en lo profundo

Carolina del Río M.

1
¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
¡rompe la tela de este dulce encuentro!

2
¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

3
¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!

4
¡Cuán manso y amoroso
recuerdas **en mi seno,**
donde secretamente solo moras,
y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!

Llama de Amor Viva no es una mera especulación intelectual del amor entre Dios y su criatura. Surge de la aspiración profunda y radical de Juan de la Cruz de alcanzar la unión

¹ En adelante toda referencia a la obra pertenece a la edición de las obras completas del místico español realizada por Eulogio Pacho, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1993 (cuarta edición)

con Dios; brota a borbotones de su experiencia religiosa-mística, de su búsqueda y su recorrido vital; recorrido con *Noche* oscura y *Llama* amorosa. Este amor buscado y anhelado, esa unión de “sustancia con sustancia” es el deseo que mueve al místico en su camino espiritual como un proceso en el que la misma necesidad de Dios, de la unión profunda *con Él* y *en Él* implica un desaparecer del “yo”, del suyo, para llegar a ser lo que Dios es. No llegar a ser Dios mismo, sino lo que Él es, llegar a hacerse a su semejanza...

En el trabajo que presento he centrado la mirada en las expresiones el “más profundo centro del alma”, de la primera canción y en el “en mi seno” en el que el Amado mora, de la cuarta. Ambas expresiones refieren al “corazón del corazón” como el lugar donde habita Dios. Busco distinguir algunas pistas antropológicas del texto contenidas en el entramado mismo del poema. No pretendo cerrar ni agotar este aspecto, sólo atisbar un poco la constitución de esa humanidad que alberga en sí a Dios –y que es, también, la mía propia, y la de todos- y que el místico español nos muestra como anhelante de la unión amorosa con el Amado. Unión amorosa que se explicita en un lenguaje erótico y a la vez espiritual, y que remite a la realidad misma del hombre: ni cuerpo sin espíritu ni espíritu sin cuerpo. Lo mismo en el amor, también en el amor divino.

En términos de la interpretación erótica, incorporada en su poesía y el mundo que ésta presenta de autoentrega, ternura, intimidad y gozo mutuos, hay intuiciones importantes sobre la naturaleza del amor humano: su belleza, sensibilidad y misterio, opuestos a la posesividad, el abuso y la autosatisfacción. A su propia manera, por lo tanto, afirma los más altos ideales de las enseñanzas cristianas sobre la sexualidad humana.²

El amor místico expresado en el poema deja entrever una confluencia de la mística nupcial del Cantar de los Cantares –matrimonio espiritual en el que amante y Amado se unen en el éxtasis amoroso- y de la mística especulativa o del ser en donde se intenta dejar de lado y superar la dualidad sujeto (alma) - objeto (Dios) para alcanzar una unidad que no es fusión³, sino abrazo eterno y habitarse mutuo,⁴ hasta llegar a exclamar “mi amado es mío y yo de mi amado.”⁵

El recorrido espiritual que el alma-amante hace culmina en el encuentro del Amado, encuentro que se da en el *más profundo centro del alma*, profundo centro que no es sino el *seno* en donde Dios se aloja como dueño y Señor. El deseo amoroso –“¡Que me bese con

² Colin P. Thompson, *Canciones en la noche*, Ed. Trotta, 2002, 370.

³ Bernardo de Claraval en *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 70, afirma: “Dios y los hombres están separados el uno del otro. Cada cual conserva su propia voluntad y su propia substancia. Tal amor es para ellos una comunión de voluntades y un acuerdo de amor”.

⁴ Se plantea que la síntesis entre mística nupcial y mística especulativa habría llegado hasta Juan de la Cruz por un doble camino: Por un lado se especula que fueran las beguinas uno de los elementos que dieron origen a la rama femenina del Carmelo en el siglo XV; y por otro, se afirma que la mística renana llegó al santo español de la mano de la obra de Herp en una traducción latina de 1548 y dedicada a Felipe II, de una recopilación del pensamiento renano que circulaba como pseudo obra de Tauler. Ver *Mujeres en busca del Amado. Catorce siglos de místicas cristianas*, María Toscano y Germán Ancochea, Ed. Obelisco, Barcelona, 2003, 65 – 85. También cfr. P. Groult, *Los místicos de los Países Bajos y la literatura espiritual española del siglo XVI*.

⁵ Ct 2,16.

los besos de su boca!”⁶- conduce al alma a dejarse conducir por ese anhelo divino, anhelo a veces innombrable⁷, que implica un camino al “corazón del corazón”, a lo profundo del ser, al “yo soy” de cada uno; “yo soy” de cada uno que entiendo como la identidad real, como la imagen y semejanza con Dios –la intención creadora original para cada cual- que el mismo Dios inscribe a fuego en el corazón, en ese amasijo primero de barro y *ruah*.

La búsqueda del Amado implica un salto al abismo en el que el “yo soy” debe despojarse del “yo” -del ego, diría la psicología actual- del yo que no es el centro del alma, sino la periferia que debe ser traspasada para instalarse en el centro, en lo que el maestro Ekhart llamaba “la parte increada del alma”. Es necesario el éxodo del ser para lograr el Ser. El encuentro con el Amado exige un alma “ya examinada, purgada y probada en el fuego de tribulaciones y trabajos y variedad de tentaciones.”⁸

Todos nosotros tenemos una parte última, definitiva, escondida, oculta, a veces tan oculta que se nos oculta a nosotros mismos, en la que Dios se manifiesta tal cual es, pero llegar hasta allí, llegar a ese momento oculto del alma, a esa situación, a esa ciudadela escondida, es la labor de una vida. La vida entera no es nada más que la búsqueda de ese lugar escondido donde Dios se manifiesta.⁹

El camino purgativo, la *vía purgativa* la llama San Juan, prepara y dispone al alma para la divina unión “enjugándole y desnudándole de sus feos accidentes.”¹⁰ Y esta purgación incluye la voluntad, el entendimiento y la memoria, las “cavernas del sentido”, potencias del alma que deben ser purificadas para la unión de amor. El entendimiento, la fe, que debe ser ilustrada por la sabiduría del Hijo; la voluntad, la caridad, que es animada y avivada por el Espíritu, y la memoria, la esperanza, la “gran esperanza” que es el Padre.

La capacidad de mirar a Dios y mirar al propio yo real, sin máscaras, es la condición de posibilidad del auténtico encuentro espiritual. “Jesús comprende e integra nuestros

⁶ Ct.1, 2.

⁷ En el prólogo del *Cántico Espiritual* el místico señala: “Antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor en inteligencia mística, (...) con alguna manera de palabra se puedan bien explicar; porque el Espíritu del Señor que lleva nuestra flaqueza, como dice Sn Pablo (Rm 8,26), morando en nosotros, pide por nosotros con gemidos inefables lo que nosotros no podemos bien entender ni comprender para lo manifestar. Porque ¿quién podrá escribir lo que a las almas amorosas, donde Él mora, hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? (...) no pudiendo el Espíritu Santo dar a entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en extrañas figuras y semejanzas. De donde se sigue que los santos doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras, así como tampoco por palabras se pudo ello decir; y así, lo que de ello se declara, ordinariamente es lo menos que contiene en sí.” También en el prólogo de *Llama* se refiere a la ineptitud del lenguaje para decir la experiencia mística: “Por ser de cosas tan interiores y espirituales, para las cuales comúnmente falta lenguaje (porque lo espiritual excede el sentido) con dificultad se dice algo de la sustancia.”

⁸ *Llama*, Canción 1, 15.

⁹ Toscano y Ancochea, Op. Cit. 75.

¹⁰ *Llama*, Canción 1, 19.

miserables esfuerzos, quizás hasta humanamente equivocados, a la luz de su gracia y del amor que Él nos tiene.”¹¹

Penetrar hasta el profundo centro del alma implica transformar el ser a ser de Dios: “Verdaderamente son encuentros con que siempre penetra, endiosando la sustancia del alma, haciéndola divina, en lo cual absorbe el alma sobre todo ser a ser de Dios.”¹² Sólo en este centro profundo del alma, en este “yo soy” hay una plenificación del hombre en su entendimiento, voluntad y memoria. No hay caminos cortos hacia el centro del alma:

No hay atajos espirituales que nos ahorren situarnos ante la realidad psíquica de nuestra vida. Cristo descendió hasta nosotros los hombres a fin de que nosotros encontráramos la valentía para descender también hasta nuestra propia realidad. Tan sólo así podremos ascender hasta Dios.¹³

Sólo en el más profundo centro del alma es posible hacerse “partícipes de la naturaleza divina” (2Pe 1,3-7) La participación será de la sustancia divina en cuanto donación. Y la donación es fruto de la fe ilustradísima en sentido de la contemplación, esto es, iluminada por la Trinidad. Los cristianos se hacen partícipes de la naturaleza divina y adquieren los atributos que son propios de Dios.

Las tres facultades, los apetitos naturales y las operaciones naturales del alma son en su conjunto “trocados” por lo divino, con el resultado de que el alma, aunque no sea divina en sustancia, se convierta en Dios por participación. De ahí que el pago de la deuda sea la alegría que el alma experimenta al haberse purgado de sus imperfecciones y pecados.¹⁴

Un Dios que mora en el corazón

Juan utiliza en su Evangelio el verbo μένειν: permanecer, morar, quedarse en, estar en, es lo que conocemos como la teología joánica de la inmanencia,¹⁵ una manera de estar el uno en el otro: Dios en el hombre y el hombre en Dios.¹⁶

No es lo mismo hablar de la inhabitación de Dios que hablar de la presencia de Dios en todas las cosas (por potencia, esencia, etc., como diría Santo Tomás) La inhabitación de la Trinidad implica una presencia peculiar, específicamente distinta:

Dios, por medio de su gracia está en el alma del justo en forma más íntima e inefable, como en su templo; y de ello se sigue aquel mutuo amor por el que el alma está íntimamente presente a Dios, y está en el más de lo que

¹¹ Anelise Meis, *Antropología teológica. Acercamientos a la paradoja del hombre*, Santiago, Chile, 1997, 514.

¹² *Llana*, Canción 1, 35.

¹³ Anselm Grün, *Cómo estar en armonía consigo mismo*, Estella, 1998, 15.

¹⁴ Colin P. Thompson, Op. Cit. 349.

¹⁵ Ver Raymond Brown, *El Evangelio según Juan XIII - XXI*, Madrid, 1979, 1483.

¹⁶ En el Evangelio de Jn son múltiples los ejemplos del uso de μένειν. Algunos de ellos: 1,14; 6,27; 15,16;14,10-11;17, 21.23, etc. También en 1Jn 2,24; 4,15; 3,24.

pueda suceder entre los amigos más queridos, y goza de Él con la más regalada dulzura. (DH 3330)

En la Encíclica *Divinum illud munus* de León XIII sobre la inhabitación se afirma que ésta difiere “sólo gradualmente, no esencialmente, de la visión beatífica.” Lo que da sentido a la inhabitación es la amistad que se establece entre Dios y el hombre, ésta implica una donación personal, una relación, una comunión vital, una relación amorosa, recíproca, mutua y duradera. Dios no se encierra en sí mismo, sino que se dona en un movimiento de amor extrovertido y la criatura se abre para acoger ese don. La inhabitación supone una relación ontológica entre Dios y su amigo; relación que mana de la unión cuasi-formal (si fuera formal sería panteísmo, se perdería la individualidad de cada uno) con que la Trinidad se acerca a sus amigos.

En esta línea de la inhabitación es posible reconocer que en las canciones uno y cuatro, particularmente en las expresiones “de mi alma en el más profundo centro” (canción 1) y “en mi seno donde secretamente moras” (canción 4) hacen referencia a lo que Juan de la Cruz llama el “centro del alma”, “el más profundo centro del alma”, “las sustanciales venas del alma”, “el corazón del alma”, “cavernas profundas del alma”, “sustancia del alma”, el “seno”. Todas las expresiones refieren a

Aquello [que] llamamos centro más profundo que es a lo que más puede llegar su ser y virtud y la fuerza de su operación y movimiento, y no puede pasar de allí (...) y cuando llegare y no tuviere de suyo más virtud e inclinación para más movimiento, diremos que está en el más profundo centro suyo.¹⁷

Es decir, Dios mora en el núcleo personal, en el “yo soy” profundo del ser, hecho a imagen y semejanza de Dios. Allí reposa, en el abrazo, el Amado

El centro del alma es Dios, al cual cuando ella hubiere llegado según toda la capacidad de su ser y según la fuerza de su operación e inclinación, habrá llegado al último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda, ame y goce a Dios. Y cuando no ha llegado a tanto como esto, cual acaece en esta vida mortal, en que no puede el alma llegar a Dios según todas sus fuerzas, aunque esté en este su centro, que es Dios, por gracia y por la comunicación suya que con ella tiene, por cuanto todavía tiene movimiento y fuerza para más, no está satisfecha, aunque esté en el centro, no empero en el más profundo, pues puede ir al más profundo en Dios¹⁸.

Dios hará morada sustancialmente en las almas, no como una “unión natural”, sino, a juicio de Juan de la Cruz, será una unión de semejanza, de transformación en el amor, y amor sobrenatural.

¹⁷ *Llama*, Canción 1,11.

¹⁸ *Llama*, Canción 1, 12.

Totalmente es indecible lo que el alma conoce y siente en este recuerdo de la excelencia de Dios, porque, siendo comunicación de la excelencia de Dios, en la sustancia del alma, que es el seno suyo que aquí dice, suena en el alma una potencia inmensa en voz de multitud de excelencias de millares de virtudes, nunca numerables, de Dios¹⁹

Movimiento interno de *Llama*

El poema contemplado, a pesar de ser el éxtasis final del encuentro con el Amado, no es estático. Es posible ver en las cuatro canciones un movimiento interno y un dinamismo entreverado que supone, por un lado, la quietud y pasividad del alma -porque todo es obra del Amado- pero, a la vez, la misma alma impulsada por el amor y el anhelo de unión, urge al Amado a concluir el encuentro en una clara tensión escatológica: “acaba ya, si quieres.”²⁰ Y el movimiento mayor es el del Verbo en el alma.

El alma *ya está* en el abrazo con el Amado, *pero aún no* en plenitud. En la declaración 1,1 afirma que “está tan cerca de la bienaventuranza que no la divide sino una leve tela (...) dice con gran deseo a la llama, que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal por aquel dulce encuentro (...)” Y hacia el final del poema, en la canción cuatro(4,3) romperá la tela para entrar en la casa, y luego al lecho, y de allí al seno del alma enamorada.

Pero Dios siempre se está así, como el alma lo echa de ver, moviendo, rigiendo y dando ser y virtud y gracias y dones a todas las criaturas, teniéndolas en sí virtual y presencial y sustancialmente, viendo el alma lo que Dios es en sí y lo que en sus criaturas en una sola vista, así como quien, abriendo un palacio, ve en un acto la eminencia de la persona que está dentro, y ve juntamente lo que está haciendo. Y así, lo que yo entiendo cómo se haga este recuerdo y vista del alma es que, estando el alma en Dios sustancialmente, como lo está toda criatura, quítale de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poderle ver como él es, y entonces traslúcese y viséase algo entreoscuramente (porque no se quitan todos los velos) aquel rostro suyo lleno de gracias; el cual, como todas las cosas está moviendo con su virtud, parécese juntamente con él lo que está haciendo, y parece moverse él en ellas y ellas en él con movimiento continuo; y por eso le parece al alma que él se movió y recordó, siendo ella la movida y la recordada.²¹

¹⁹ *Llama*, Canción 4, 10. Cfr. *Subida* II, 5, 3: Distingue aquí el místico la unión esencial o sustancial (natural) de la de semejanza (sobrenatural) que implica la transformación del alma.

²⁰ *Llama*, Canción 1.

²¹ *Llama*, Canción 4, 7. Esta forma de decir la presencia de Dios en las criaturas y de las criaturas en Dios, es dicha en otros códigos por la teóloga norteamericana Elizabeth Johnson en *La que Es. El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Barcelona, Herder, 2002, 295 - 296: “La trascendencia divina es una totalidad que incluye a todas las partes, abrazando el mundo en lugar de excluirlo, como sugiere la etimología del panenteísmo, ‘todo en Dios’, al tiempo que la inmanencia es concebida como el íntimo dinamismo y la meta del mundo. Trascendencia e inmanencia son elementos correlativos, no opuestos (...) Johnson entiende panenteísmo como “la creencia del Ser de Dios [que] incluye y penetra todo el universo, de tal modo que cada

En la canción dos aquello que espera, la vida eterna, parece hacerse brevemente presente por el toque del amado, y la gusta de algún modo: “que a vida eterna sabe.” En esta canción trinitaria en donde el Padre es la mano blanda, el Hijo, el toque delicado y el Espíritu la llaga regalada, se adivina el gozo final, la vida eterna, y se vislumbra, también, el camino de purificación recorrido: “matando, muerte en vida la has trocado.” Esta vida eterna vislumbrada, este toque delicado es “toque de sustancia, es a saber, sustancia de Dios en sustancia del alma.” (2,21)

En la tercera canción hay otra breve alusión al proceso de purificación vivido. “Las profundas cavernas del sentido, que estaba oscuro y ciego” –memoria, entendimiento y voluntad, capaces de Dios y por ello, profundas- han conocido la luz y el calor del Amado. Aquello que “estaba oscuro y ciego” ha sido iluminado por los resplandores de Dios y ahora el alma dará calor y luz junto a su querido.

Su vacío de lo finito le revela su capacidad de lo infinito; ahora está preparada para la unión, cuando a Dios le complazca concederla. (...) En el interior del alma purificada, en otras palabras, hay un espacio infinito donde los atributos de Dios pueden libremente morar y convertirse en toda la obra del alma.²²

Y en la cuarta y última canción, la quietud del encuentro, ahora sí, el Amado en el seno, morando en lo secreto, en lo más profundo del alma, como dormido. Pero es una quietud *en* movimiento porque si bien ya se ha producido el encuentro, el Verbo continúa actuando...

Porque este recuerdo es un *movimiento* que hace el Verbo en la sustancia del alma, de tanta grandeza y señorío y gloria, y de tan íntima suavidad, que le parece al alma que todos los bálsamos y especias odoríferas y flores del mundo se *trabucan* y *menean*, *revolviéndose* para dar su suavidad, y que todos los reinos y señoríos del mundo y todas las virtudes y potestades del cielo se *mueven*. Y no sólo eso, sino que también todas las virtudes y sustancias y perfecciones y gracias de todas las cosas criadas *relucen* y *hacen el mismo movimiento*, todo a una y en uno (...) de aquí es que *moviéndose* este gran Emperador en el alma, cuyo principado, como dice Isaías (9, 6), *trae* sobre sus hombros, que son las tres máquinas: celeste, terrestre e infernal (Fil. 2, 10) y las cosas que hay en ellas, *sustentándolas* todas, como dice san Pablo (Hb. 1, 3), en el Verbo de su virtud, todas a una *parezcan moverse*, al modo que al *movimiento* de la tierra se *mueven* todas las cosas naturales que hay en ella, como si no fuesen nada; así es cuando se *mueve* este Príncipe, que *trae sobre sí* su corte, y no la corte a él.²³

parte de éste existe en Él, pero que (contra el panteísmo) este Ser es más que, y no se agota en, el universo. Nos encontramos ante un modelo de relación libre, recíproca: Dios en el mundo y el mundo en Dios, al tiempo que cada uno sigue siendo distinto. La relación es mutua, aunque las diferencias existen y son respetadas.” Podemos agregar los adjetivos de Calcedonia: sin confusión y cambio, sin separación y división.

²² Colin P. Thompson, Op. Cit., 353, 354.

²³ *Llama*, Canción 4,4. Cursivas mías para indicar el movimiento y referencias afines.

La resonancia joánica de la Morada en nosotros (Jn 1, 14), morada trinitaria (canción dos) adquiere una densidad única con la expresión del *seno* de la canción cuatro: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo Unigénito, que está en el *seno* del Padre, él lo ha contado.” (Jn 1, 18) El sujeto místico, la sustancia del alma, se convierte en morada del Verbo Esposo, “Como solo Señor de ella moras, no sólo como en tu *casa*, ni sólo como en tu mismo *lecho*, sino también como en mi propio *seno*, íntima y estrechamente unido.” (4,3)

De la casa al lecho, del lecho al seno, implica un movimiento progresivo del Verbo en el alma. Y así como el Hijo está en el seno del Padre, así también el Hijo está en el seno del creyente en unión de amor. La doble solidaridad del Hijo queda aquí patente: Es solidario con cada hombre y mujer al habitar en lo profundo del alma y hacerla *capax Dei* y es, también, solidario con Dios al habitar el seno mismo del Padre. Cabría preguntarse ¿Por qué el Amado enamora al alma y se aloja en su seno? ¿Qué necesidad tiene de ella? Dios encuentra su gozo en el hombre, es el exceso del amor extrovertido de Dios lo que lo mueve siempre hacia el hombre y sólo en ese movimiento permanente somos capaces de atisbar algo del misterio: de esa realidad que es Dios-Amor-Morando en cada uno. La sustancia del alma es el seno, el ser, el más profundo centro que acoge el íntimo abrazo: “es toque de sustancia, es a saber, de sustancia de Dios en sustancia del alma” (2,21) y este toque de sustancias sabe a vida eterna, es el anticipo escatológico.

Misterio de Dios, misterio humano

Dado que Dios es el misterio, la relación con Él es necesariamente misteriosa. Por lo tanto sólo es posible hablar de Él oscilando entre un doble enunciado dialéctico, propio del lenguaje análogo. La diferencia entre Dios y su criatura se caracteriza por el hecho de la autonomía, el ser propio de la criatura –hombre o mujer- y su dependencia de Dios no están en relación inversa, sino directamente proporcional: “Y así, todos los movimientos de la tal alma son divinos; y aunque son suyos, de ella lo son, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento.”²⁴

La causalidad de Dios es la que produce la diferencia radical entre Él y su criatura, es Dios mismo quien crea la realidad autónoma del hombre con su propio Ser. Esta relación trascendental, no categorial, alcanza su climax en la relación entre Dios y el ser libre que actúa actos libres. Y esta radicalidad de la creación, en la que todo lo creado alcanza su sentido en Cristo, es el misterio de la “coexistencia” entre Dios y su criatura libre, misterio que no puede ser desentrañado ulteriormente.

De donde, el alma que está en estado de transformación de amor, podemos decir que su ordinario hábito es como el madero que siempre está embestido en fuego; y los actos de esta alma son la llama que nace del fuego de amor, que tan vehemente sale cuanto es más intenso el fuego de la unión en la cual llama se unen y suben los actos de la voluntad arrebatada y absorta en la llama del Espíritu Santo, que es como el ángel que subió a Dios en la llama del sacrificio de Manué (Jc 13, 20) Y así, en este estado no puede el alma hacer actos, que el Espíritu Santo los hace

²⁴ *Llama*, Canción 1, 9.

todos y la mueve a ellos; y por eso, todos los actos de ella son divinos, pues es hecha y movida por Dios. De donde al alma le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, la está dando vida eterna, pues la levanta a operación de Dios en Dios.²⁵

En otras palabras, Dios es condición de posibilidad, presupuesto de la libertad humana. Por lo tanto, a mayor dependencia de Dios, mayor autonomía del hombre. Yo soy más “yo misma” cuanto más arraigada estoy en el ser de Dios. La dependencia es la fuente continua de mi ser.

La trascendentalidad de Dios –el ser completamente Otro- permite afirmar la humanidad. A mayor trascendencia de Dios, mayor inmanencia. Dios es más íntimo a mí misma que yo misma. Es, sin duda, la presencia y el encuentro interpelante del tú lo que genera la conciencia del yo y el ejercicio de la libertad.²⁶ Y esta libertad es dialógica, se ejerce en la esfera de las relaciones interpersonales. Así, por tanto, la presencia interpelante de Dios, su voz que resuena en lo profundo, no es un elemento coactivo de mi libertad, sino que lo que me mueve, fascina y atrae hacia ese Tú amado está en el orden de la “seducción”: “Me has seducido Yahvé, y me dejé seducir” (Jr 20, 7) Ante esa llamada, la llamada del Tú amado que requiere y busca mi presencia, es necesario responder libremente. Y una respuesta afirmativa es ya la acción del Amado, la gracia.

Y a este talle, siendo ella por medio de esta sustancial transformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que él hace en ella por sí mismo, al modo que lo hace; porque la voluntad de los dos es una, y así la operación de Dios y de ella es una. De donde, como Dios se le está dando con libre y graciosa voluntad, así también ella, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa cuanto más unida en Dios, está dando a Dios al mismo Dios en Dios, y es verdadera y entera dádiva del alma a Dios. Porque allí ve el alma que verdaderamente Dios es suyo, y que ella le posee con posesión hereditaria, con propiedad de derecho, como hijo de Dios adoptivo, por la gracia que Dios le hizo de dársele a sí mismo, y que, como cosa suya, le puede dar y comunicar a quien ella quisiere de voluntad; y así dale a su Querido, que es el mismo Dios que se le dio a ella. En lo cual paga ella a Dios todo lo que le debe, por cuanto de voluntad le da otro tanto como de él recibe.²⁷

Si la libertad es lo que permite hacer una opción fundamental hacia Dios, el hombre será tanto más persona, cuanto más libre sea, y será tanto más libre, cuanto más se aproxime a su genuina realización, y ésta es la comunión con Dios, el querer de Dios en la actual economía. Asentir a Dios, entonces, es lo más propiamente humano del ser humano porque nos remite al proyecto creador de Dios, al origen amoroso de habernos hecho a su imagen y semejanza; imagen y semejanza realizada en Jesucristo. El hombre *capax Dei*, está

²⁵ *Llama*, Canción 1,4.

²⁶ Ver Juan Luis Ruiz de la Peña, *El don de Dios. Antropología teológica especial*, Santander, 1991, 358 – 362.

²⁷ *Llama*, Canción 3,78.

constitutivamente abierto a la relación amorosa con su creador. Por ello su más profunda auto posesión y auto donación se juega en su entrega libre al amor divino. Amar “es querer el bien de la persona amada. El bien de la persona es lo que ella es: su ser auténtico, su “yo soy”. “Querer el bien es querer que el otro alcance la plenitud de su ser. Por eso, el acto más puro de amor que se puede imaginar es el acto creador de Dios; el cual hace que cada uno de nosotros sencillamente sea.”²⁸

En síntesis

Cada ser humano concreto, con nombre y apellido, con determinadas características, con su historia personal, su cultura, y con todas las cicatrices que le ha dejado la vida, lleva en su interior la imagen de Dios, y Dios no anula ese itinerario personal, sino que lo purifica. Dios no ama a sus criaturas deshistorizadas, sino que las ama infinitamente arraigados en su historia. Aún en las peores miserias o en los lugares más temibles y oscuros de cada uno puede brillar el amor de Dios. Así también, Dios quiere que lo amemos con todo lo que somos, incluida nuestra sensibilidad y emociones porque también allí, Él se manifiesta:

Por cierta redundancia del Espíritu reciben sensitivamente recreación y deleite en ellos, y por ese deleite los sentidos y potencias corporales son atraídos al recogimiento interior, donde el alma está bebiendo las aguas de los bienes espirituales.²⁹

Lo específico del ser humano es ser y obrar en el cuerpo, por lo tanto la modalidad de nuestro amor no puede dejar fuera del amar nada relacionado con el cuerpo, sino que en el camino hacia Dios se da esa permanente interacción y nutrición mutua entre lo espiritual y lo sensible.

Aunque la gracia es tan desmesurada y tan imprevisible, se adapta mansamente a esos dos ejes de nuestra existencia humana que son el tiempo y el espacio, y es en medio de ese horizonte tan limitado donde se las arregla para hacerse sentir.³⁰

En el camino espiritual caminamos enteros, con todo lo que somos, con todas nuestras pasiones, emotividad y toda la fuerza afectiva sensible³¹; enteros hasta entrar en la fascinante presencia de Dios, implicándonos personalmente, integralmente. Sólo implicándonos del todo es posible quemar el leño e irradiar el calor y la luz del Amado.

La autocomunicación de Dios (...) sólo acontece en la historia como la dimensión temporal propia del ser creado y de la autonomía de todo lo creado en su ser totalmente referido a Dios en total diferencia de él. La comunión con Dios es comunión con él dentro de la realidad que nos es propia. (...) Sólo dentro de nuestra realidad histórica, la autocomunicación

²⁸ Juan Pablo II, OR 33, 1983, 3.

²⁹ *Cántico Espiritual*, 40,6.

³⁰ Dolores Alexandre, *Círculos en el agua*, Santander, 1993, 45.

³¹ Es notable la cantidad de veces que aparece el verbo sentir en *Llama de amor viva*, 10 veces sentir; 44 veces siente; sentido corporal, 9 veces; sintiendo 3 veces; sentirá, 4 veces; sensitiva 10 veces, etc.

de Dios es experimentable como cercanía comunicativa. La cercanía del Dios tripersonal dentro de esta realidad significa la exigencia de que el creyente la transforme de tal manera que la presencia de Dios en ella se haga experimentable como comunión en la fe.³²

El gran desafío del cristiano es hacer el camino interior hacia el “más profundo centro del alma”, hacia el “seno” en donde Dios mora y desde donde aseguramos, aunque nunca del todo, la fidelidad de nuestra libertad al Evangelio. La libertad vivida desde el núcleo personal, desde el “yo soy” profundo y auténtico, es la libertad querida en el origen por Dios. Es el “lugar” en que Dios mora y al que nos llama permanentemente.

Juan de la Cruz nos ha recordado que ser creyente es pensar que Dios basta. La noche de los sentidos, la noche espiritual deben desnudarnos y finalmente librarnos de idolatrías (...) ³³

De todas las idolatrías. En especial de las alojadas en lo profundo del corazón, en el centro del alma. La transformación vital, como el madero al toque del fuego, sólo se logra con el recorrido hacia las profundidades del propio ser, este recorrido hacia el auténtico yo es lo que Tony Mifsud llama una “espiritualidad desde abajo.” Y ese “yo profundo” transformado,

Subidamente regalada [el alma, el “yo soy”] cuanto más en el infinito centro de la sustancia del alma tocó el cauterio, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se pudo regalar. Este cauterio y esta llaga podemos entender que es el más alto grado que en este estado puede ser (...) porque esta es toque sólo de la Divinidad en el alma.³⁴

Sólo así podrá haber “amor recíproco en conformidad de la unión y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos (...) los poseen entrambos juntos”³⁵ En estos grados de transformación no hay diferencia entre Dios y su criatura porque la criatura es elevada e igualada en el amor de su Creador. Sólo así el alma es la *casa*, el *lecho*, el *seno* en donde Amado con amada se donan recíprocamente en intimidad esponsal “y es en el fondo de la sustancia del alma [donde] es hecho este dulce abrazo.”³⁶

³² Bárbara Andrade, *Dios en medio de nosotros. Esbozo de una teología trinitaria kerygmática*, Ágape, Salamanca, 1999, 31.

³³ Gustavo Gutiérrez, *La densidad del presente*, Sígueme, 2003, 119.

³⁴ *Llama*, Canción 2,8.

³⁵ *Llama*, Canción 3, 79.

³⁶ *Llama*, Canción 4, 14.